

ra estaban todos, cuando se presentó, lleno de agitación y respirando con dificultad, Fernando.

Pablo, al verle, se estremeció de terror, juzgando muerto á Miguel.

El esposo de Luisa, sin cuidarse de nada y asiéndole del brazo, le llevó á un extremo del cuarto, le dijo algunas palabras al oído, y poco después el indio, lleno de ansiedad y de inquietud, salia de la poblacion con direccion á México.

CAPITULO XVI.

Una picalugada.

Pocos dias despues de la entrevista de Rossi con el ministro de guerra Facio, Picaluga recibió la carta de su digno pariente en que le ponía estas palabras: hazlo, con otras instrucciones convenidas entre los dos por determinadas señales, las cuales indicaban el sitio y la manera de cobrar la suma; que por premio á su infamia debian percibir una vez entregado el personaje que tantos beneficios había dispensado á aquellos dos ingratos y pérfidos extrangeros.

Quien haya vivido en aquel país dondè sus hijos son modelo de moderacion y de

dulzura; quien conozca la índole noble, afable y tierna de los mexicanos, no necesita preguntar, al escuchar un crimen de esta naturaleza, de qué país es quien lo ha cometido; porque el hecho les dice en el momento, que no ha nacido en el limpio cielo de México quien tan negro corazón abriga.

Y es tan cierto esto, que habiéndose cometido en aquel país, cuando aun pertenecía á España, el crimen mas horroroso, donde despues de asesinar á once personas dentro de una casa, mataron los malhechores, por precaucion hasta el loro, exclamó el virey Revillagigedo: "No son mexicanos los que tal atrocidad han cometido;" y en efecto, trabajando la policia con un empeño que honra al gobierno de aquel virey, se descubrió que los culpables eran tres europeos, los cuales fueron conducidos al patíbulo á los quince dias.

Guerrero habia combatido por la causa de la independencia con una constancia que le honraba; dotado de buen corazón, aunque de escaso talento, dócil hasta el extremo, y franco con sus amigos hasta la prodigali-

dad, nadie, ni sus mismos enemigos políticos le odiaban. Querian, sí, el triunfo del gobierno, pero no la desgracia del que habia vertido su sangre por las libertades patrias.

Era, pues, preciso, para desarmar á este hombre, que hubiera á su lado alguno que no fuese mexicano. Rossi y Picaluga, ambos sardos, se encargaron de desempeñar el negro y odioso destino de Júdas.

Muchos han tratado de criticar el gobierno de Bustamante solo porque accedió con la proposicion de Picaluga: pero esto, en mi juicio, no es justo.

La historia de los países mas civilizados y de los gobiernos mas laureados, está llena de estos hechos, sin que hasta ahora haya caido el vilipendio sobre los que se han aprovechado de la traicion, sino sobre los traidores.

Basta tener unas ligeras nociones de los acontecimientos históricos mas palpitantes, para traer á la memoria ejemplos iguales, en que se ha puesto á precio la cabeza de

algun individuo para restaurar la paz, único bien á cuya benigna sombra prosperan las naciones.

Pero en favor de Bustamante milita aún otra razon mas poderosa. Picaluga no fué solicitado, sino que él propuso al gobierno la prision del general Guerrero; y el gobierno, apreciando la tracion y no al traidor, admitió la proposicion, sin otra mira entonces, que la de poner fin á una guerra larga y desastrosa.

Picaluga, seguro de que, con la amistad que le dispensaba Guerrero, no podia fallar el infucio plan que habia trazado, se vistió lujosamente, y se presentó en su casa á hacerle una visita.

—¿Qué noticias hay, señor Picaluga?

Le preguntó Guerrero, tendiéndole la mano de amigo.

—Magníficas, mi general: nuestros amigos de México trabajan con buen éxito por el triunfo de nuestra causa, y pronto tendremos el gusto de volver á ver á vd. ocupando la silla presidencial usurpada por Bustamante.

—La presidencia es lo que menos codicio: antes por el contrario, conozco mi pequenez para regir los destinos de la patria, y solo anhelo combatir por la libertad, para que otro, á quien la nacion juzgue digno de conducirla por la senda de la prosperidad, afiance las riendas del Estado. Pero ¿qué noticias son las que ha recibido vd?

—Me he propuesto sorprenderle á vd. con ellas en medio de un banquete que he preparado en mi buque, y al cual he venido expreso á convidar á vd. y á los jefes de su estimacion que quiera vd. llevar en su compañía.

—¿Y á qué hora ha dispuesto vd. que sea la comida?

—Dentro de una hora, si á vd. le parece conveniente.

—Dentro de una hora estaré á bordo.

—Gracias, mi general. Voy á disponer algunas cosas que me faltan.

—Muy bien.

—Adios, mi general.

—Adios, mi buen amigo.

Contestó Guerrero volviéndole á dar la mano, y acompañándole hasta la puerta.

—Este ya está seguro.

Dijo interiormente Picaluga, y se dirigió á su buque.

Era éste un bergantin ligero y de elegante corte, en cuya proa se veía pintado á Neptuno, hiriendo los mares con su poderoso tridente.

El velámen y cordaje de la embarcacion eran nuevos, así como la pintura de su sólida obra muerta.

La cubierta amarillaba como el oro por el baldeo con que el contramaestre entretenía á los marineros por la mañana, al medio día, y á la caída del sol, para tener la flotante casa limpia y aseada como un espejo.

El interior correspondía en un todo al exterior. La cámara del capitán era bastante cómoda, y estaba pintada con delicado gusto: seis cuartos, colocados simétricamente, con puertas de vistosas persianas, estaban destinadas á los pasajeros de popa: en cada uno de estos cuartos habia dos literas de bejuco, una encima de la otra, pe-

ro guardando una regular distancia para que la cabeza del que dormía en la de abajo, no tropezase con la litera del de arriba.

Ademas, en cada uno de estos aposentos, aunque estrechos, habia un espejo, y debajo del él una mesita provista de una aljofaina, una jarra, toalla y jabon de olor para lavarse.

En medio de la cámara estaba una mesa de caoba afirmada al suelo para asegurarla de los balances, y al rededor, asientos de bejuco, afianzados á la vez á la mesa.

Encima de ésta, y colgado del techo, estaba el aparador cubierto de botellas, vasos y copas que guardaba continuamente el mismo movimiento que el buque.

Un excelente barómetro, ocupaba el sitio junto al tragaluz, marcando con una exactitud maravillosa los próximos cambios del tiempo.

La escalera para subir y bajar de cubierta, era bastante ancha, y estaba adornada de un pasamanos de laton, que brillaba como el metal de mas precio.

Varios instrumentos astronómicos como

el octante, que sirve para tomar la altura del sol, y el sextante, se veian colocados con órden en los sitios mas convenientes.

La tripulacion se componia de italianos, excepto un tal Martínez, que era mexicano y excelente marinero, nacido en el mismo Acapulco.

La mesa estaba en aquel momento dispuesta lujosamente como para un gran convite.

—Muy ocupado anda hoy nuestro capitán Picaluga:—dijo el marinero Martínez á otro compañero llamado Gioberti:—no parece sino que se prepara á recibir á un príncipe. Mirad la mesa que han preparado en la cámara: los mejores vinos; los pescados mas exquisitos, las frutas mas delicadas....

—Pues ¿qué, te parece—contestó el italiano—que no lo merece la persona que va á venir?

—¿Luego va á venir otra persona?

—Sin duda.

—¿Macho ó hem. ra?

—Del sexo fe.

—¿Y tantos preparativos para un hombre?

—Es que ese hombre le ha hecho á nuestro capitán, muchos y distinguidos favores.

—¿Y de cuándo acá se ha vuelto el señor Picaluga agradecido? Si tal virtud ha tenido el capricho de entrar en su corazón, digo que espero en el arrepentimiento de los jugadores.

—¿Tan ingrato lo juzgais?

—Mas ingrato que el buen viento que, cuanto mas le llamamos, mas huye de nosotros.

—Pues lo que hace hoy, te desmiente completamente.

—¿Dices que es persona á quien debe favores á la que se propone obsequiar?

—Sin duda.

—Pues entonces desconfio de este convite.

—¿Cómo!

—Estoy seguro de que se propone sacar algo de provecho del individuo á quien convida.

—Eso puede ser muy bien, puesto que lo ha sabido sacar otras veces, aunque ahora

es ya muy difícil, si es cierto, como dicen, que su causa está al espirar.

—¡Su causal! ¿Pues quién es por fin, la persona convidada?

—El general Guerrero.

—¡El general Guerrero!

Dijo con asombro mezclado de pesar el marinero Martinez.

—¿De qué te sorprendes?

—Me sorprende de.... En fin, de nada: yo quiero á ese hombre, porque ha combatido por la independencia de nuestra patria, y siento que venga á nuestro buque.

—¿Pero.... por qué?

—Porque....

Y Martinez no se atrevió á manifestar sus temores, y quedó pensativo.

—¡Vaya, que haces misterios de un convite que nada tiene de particular!

Dijo riéndose á careajadas Gioberti, que, como todos, ignoraba verdaderamente las siniestras miras que abrigaba el capitán.

—No lo tendria en el señor Picaluga, si Guerrero llevara la mejor parte en la revo-

lucion; pero euando está reducido únicamente al rincón de Acapulco.... ¡Hum!....

Y Martinez hizo un gesto de desaprobacion.

—¿Es decir que sospechas algo de nuestro capitán?

—Sí.

—Pero ¿qué?

—No lo sé, pero temo algo. ¿No adviertes el favorable viento que sopla para hacernos á la mar.

—Sí, pero ¿qué?

—¿No ves que el barco está vestido con todas sus velas, aunque se encuentran rizadas?

—Es verdad, pero ¿qué?

—¿Y no has notado en todo lo que hemos hecho hoy, algo que desdice de un buque que piensa permanecer en el puerto?

—Seguramente, sino que aunque lo he extrañado, he dicho para mí, ¿qué me importa? donde manda capitán, no gobierna marinero.

—Igual cosa dije yo entonces, pero aho-

ra que sé que va á venir el general Guerrero, ahora no puedo decir lo mismo.

—Pues yo ahora, lo mismo que entonces, no hago caso de semejantes frioleras.

—¡Ah!.... si fueras mexicano y temieses una asechanza contra un hombre que te ha dado patria, entonces tomarías parte como yo tomo.

—Pero ¿qué es lo que temes?.... vamos á ver....

—Nada; mis temores se los comunicaré al mismo general Guerrero: sí, se los comunicaré tan pronto como con un pretexto logre que me dejen saltar á tierra.

Gioberti iba á tratar de visionario á su compañero; pero la presencia de Picaluga que llegaba de la ciudad en aquel instante, puso fin al diálogo.

No bien saltó á cubierta, llamó al contra-maestre, y despues de darle algunas órdenes en voz baja, añadió en tono mas alto.

—Elija vd. los marineros mas aptos; dí-gales vd. que se pongan la mejor ropa que tengan, y despues de advertirles la manera conque han de servir la mesa, se queda vd.

al cuidado de avisarme cuando llegue el general Guerrero.

—Está muy bien, mi capitán.

Y el contra-maestre se acercó á tres marineros, que bajaron á sus camarotes de proa á mudarse inmediatamente.

Durante este tiempo, Martinez, dominado por una idea, meditó el medio mas á propósito para salvar al general Guerrero, del peligro que en su concepto le amenazaba, y notando que el capitán se dirigia hácia la cámara, se acercó á él diciendo.

—¿Me permite vd., señor capitán, que vaya á tierra?

—¿A tierra? ¿y para qué?

—Tengo á mi madre bastante enferma, y quisiera marchar un instante á verla.

Picaluga, que no podia figurarse ni remotamente, que aquel marinero sospechase de sus proyectos, le contestó.

—Bien; puede vd. marchar, pero á condicion de que su ausencia no ha de pasar de media hora.

Martinez, en cuyo pecho no cabia el gozo, dió las gracias á Picaluga, y mientras

éste bajaba á su cámara saboreando la idea de la prision de Guerrero, el otro marchaba á su camarote á ponerse algo mas limpio, pensando en que iba á salvar á uno de los héroes de la Independencia.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Gioberti, que notó la alegría que se marcaba en aquel rostro tostado por el sol, pero que revelaba nobleza de sentimientos.

—Voy á mudarme camisa, para saltar á tierra.

Contestó Martinez sin detenerse, y entrando á su camarote.

—¿Si habrá algo en realidad....?—dijo para sí Gioberti—este mexicano es muy reservado.... No, pues yo he de indagar de alguna manera lo que hay aquí.

Y se quedó meditando lo que debia hacer para salir de su curiosidad.

Picaluga entretanto, al verse en su cámara, en la cual, como hemos dicho, estaba preparada la mesa, miró en todos los cuartos para ver si habia alguno, y cerciorado

de que estaba solo, sacó una carta del bolsillo, sonrioso al abrirla con la ternura con que se sonrie el amante á la vista de la mujer que adora, y se puso á leerla en voz baja por la vigésima vez.

—Este Rossi sabe hacer los negocios perfectamente—dijo luego que acabó la carta.—Lo que siento es que en lugar de cincuenta, no haya pedido cien mil, porque entonces nos hubieran tocado cincuenta mil á cada uno! ¡Buen bocado....! Pero, en fin, ya que así no ha sido, contentémonos con los veinticinco, que con ellos y lo que he ganado, merced al favor de mi generoso y crédulo amigo Guerrero, que pronto estará en mi poder, podré vivir en Italia con el fausto de un gran príncipe.

Y al hablar así, brillaba en la fisonomía de Picaluga un aire de placer y de satisfaccion, como si hubiera acariciado en su mente la idea mas filantrópica del mundo.

Luego volvió á fijar la vista en el papel que tenia en la mano, y se detenia en cada uno de sus caracteres, como una madre ante la dulce sonrisa del hijo que duerme en

la cuna; y en cada palabra su sonrisa se prolongaba de una manera admirable, y sus ojos brillaban con el júbilo con que brillan los del avaro al contemplar el tesoro que posee.

De repente oyó pasos en la escalera, y guardó la carta, recobrando su habitual seriedad.

El que entraba era Gioberti que, arrastrado por la curiosidad de saber si en efecto, se ocultaba algún misterio en el convite que estaba preparado, se dirigía á ver si descubría algo en la fisonomía y las palabras del capitán.

—¿Qué traes, Gioberti?

Dijo Picaluga, disgustado de que fueran á interrumpirle su dorado soliloquio.

—Nada, sino prevenirle á vd. de que hay un marinero que murmura de cuanto se hace hoy á bordo, extendiéndose hasta sospechar....

Y el malicioso marinero fijó la vista en el semblante de su capitán, para ver el efecto que producían sus palabras.

Picaluga sintió un sacudimiento interno;

pero su semblante se mantuvo inalterable y frío, como esos volcanes que ostentan un exterior nevado y siempre terso, en tanto que abrasa la ardiente lava su profunda sima.

Gioberti, pues, nada pudo leer en la fisonomía del capitán.

Este, disimulando su sorpresa, pero inquieto con aquella noticia, preguntó con severidad.

—¿Y ese desgraciado marinero, qué es lo que sospecha?....

—Sospecha....—contestó Gioberti con timidez, pero sin abandonar su exámen— que se tiende un lazo....

—¿A quién? acaba.

Dijo haciendo un esfuerzo para disimular el terror de que estaba dominado.

—Al general Guerrero.

Pronunció Gioberti de repente, fijando sus ojos vivos y escudriñadores en el rostro de Picaluga. Pero el capitán, que sorprendió aquella mirada, conoció todo lo que importaba disimular: así es que sin dejar entrever el más ligero sobresalto, exclamó

con el acento de la mayor indignacion, que acabó de convencer de su inocencia á Gioberti.

—Y ¿quién es ese infame que se atreve á calumniar á su capitan hasta el grado de ereerle un segundo Júdas, para vender á su mejor amigo?

—Toda la tripulacion, excepto una persona, es compatriota de su capitan, y fiel servidora suya.

—¿Luego el impostor, es el mexicano Martinez?

—El mismo, señor capitan, y que hace un instante le pidió á vd. licencia para ir á tierra.

Este recuerdo hizo palidecer á Picaluga, que comprendió la intencion de Martinez.

Gioberti no sorprendió esta mutacion operada en el semblante de su capitan.

—¿Y ha marchado ya?
Preguntó con la mayor ansiedad Picaluga.

—No señor, pero no debe tardar en salir.

—Corra vd. inmediatamente á decir al contraamaestre que le ponga preso ahora

mismo en su camarote, sin que le deje comunicar con nadie.

—Está muy bien.

—Corra vd.

—Voy al instante, señor capitan.

Gioberti salió á comunicar al contraamaestre la orden del capitan, y Martinez fué conducido inmediatamente preso al camarote de proa.

—¿Me habré descuidado en dejar en alguna parte mi carta?—Reflexionó Picaluga al verse solo.—No: yo no la he sacado mas que para leerla. Pero ¿cómo ha podido sospechar?... Nadie mas que Rossi y yo sabemos este secreto.... ¿Se lo habrá comunicado él?.... ¡Ca!.... ¡imposible!.... meras conjeturas y nada mas. ¡Ah! nada tengo que temer—volvió á decir mas tranquilo y sonriéndose.—Sin embargo, el general tarda.... Si llegase tambien á sospechar....—y el rostro de Picaluga marcó la inquietud mas profunda.—Vamos, ¡vanas quimeras!.... añadió interrumpiéndose y queriendo desvanecer sus temores—y sin embargo....

Picaluga miró el reloj, y se puso pálido.

—¡Ha trascurrido media hora mas!....
¡Ah!.... esta inquietud es espantosa!....

Y gruesas gotas de sudor frio bañaban la frente del marino que llevaba de continuo el pañuelo al rostro para secarse.

—Señor capitán—gritó el contramaestre desde arriba, introduciendo la cabeza por la escotilla—ahí llega ya el general Guerrero con sus ayudantes.

El pecho de Picaluga respiró libremente al escuchar aquellas palabras: la sangre volvió á circular con regularidad por sus venas: sus ojos brillaron de alegría, y en un salto subió la escalera y se puso sobre cubierta.

El general Guerrero entraba en aquel instante acompañado de algunos oficiales de su mayor aprecio.

—Amigo mio—dijo dirijiéndose á Picaluga, y tendiéndole la mano con la mayor cordialidad:—le suplico á vd. me disimule el haberle hecho esperar á pesar mio.

—Nada de eso, mi general;—contestó Picaluga:—lo que yo debo hacer es darle

las gracias por la honra que me dispensa visitando mi buque. Pero tenga vd. la bondad de bajar á la cámara, porque aquí sobre cubierta, se deja sentir horriblemente el calor del sol.

—Sí, bajemos.

Contestó Guerrero: y saludando con afabilidad á los mariperos, se dirijió á la cámara, acompañado de Picaluga, y seguido de sus ayudantes.

—Tiene vd. una cámara bonita y capaz, capitán—dijo Guerrero, examinando minuciosamente lo que le rodeaba—buenos cuartos, excelente luz, limpias camas.... vamos, nada falta aquí á la comodidad del pasajero ó del marino.

—Sí, mi general: he procurado no descuidar ninguna de aquellas comodidades que puedan contribuir á hacer menos penosa la navegacion.

—Eso es obrar con prudencia y como franco marino.

Picaluga inclinó la cabeza en señal de gracias, y en seguida, le suplicó se sentase á la mesa.

Guerrero y sus ayudantes se colocaron en los sitios que por sus graduaciones les correspondia, y Picaluga ocupó el otro extremo de la mesa.

La comida dió principio con un brindis á la libertad, dicho por el capitán del buque que trataba de quitársela á los que se habian fiado en su amistad.

Pero si cierto es que él pensaba en apriisionar á tantos jefes distinguidos, valiéndose de la traicion mas negra, tambien lo es que en aquel momento se ocupaba otro hombre en proporcionarse los medios de avisar á Guerrero del lazo que se le tendia.

¿Quién era este hombre?

El marinero Martinez.

Véamos cómo.

Hemos dicho que le arrestaron en el camarote de proa.

Pues bien, al verse allí encerrado, y perdida la esperanza de saltar á tierra para hacer presente al general Guerrero sus sospechas, creyó haber encontrado la manera de poderle hablar en el mismo buque, sin que se apercibiera de ello Picaluga.

Al efecto se apoderó de una sierra que allí estaba, perteneciente al carpintero del barco, y empezó á aserrar uno de los gruesos tablones que dividia el camarote del sitio destinado al cargamento.

Al cabo de algunos minutos, vió coronados sus esfuerzos, y penetró en el largo departamento en que estaban las mercancías.

Al penetrar en él, conoció lo prolongado y difícil de la empresa que habia abrazado.

Todo aquel local estaba cubierto desde el suelo hasta tocar la cubierta, de barriles que contenian objetos diferentes: de manera que, para poder cruzar desde el extremo de proa en que él se hallaba, hasta el de popa que ocupaban los convidados, era preciso desembarazar el paso de aquel número de barriles, lo cual era empresa superior á los esfuerzos y poder de un hombre solo.

Martinez lo comprendió así; pero no por eso desmayó.

No alcanzaba cómo era posible llegar hasta el otro extremo sin compañeros que le ayudasen á quitar aquellos barriles y co-

locarlos en otra parte, y sin embargo, creyó que él llegaría.

Animado con este noble rayo de fé que hace realizable lo imposible, empezó Martinez á trabajar para conseguir el fin que se habia propuesto.

Dejémosle, pues, entregado á su difícil empresa, y volvamos adonde se hallan reunidos los convidados.

Los platos destinados á la comida, eran exquisitos, y estaban perfectamente condimentados.

Guerrero celebró varios de ellos, lo mismo que lo delicado de los vinos, que eran, en efecto, excelentes.

A los pocos instantes de haber empezado la comida, la etiqueta militar fué desapareciendo, y á ocupar su lugar fueron la verdadera franqueza y la cordial alegría.

Los marineros destinados al servicio, desempeñaban su nuevo oficio con una perfeccion admirable.

—Tenga vd. la bondad de probar de este vino, mi general.

Dijo Picaluga, enviando con uno de los marineros una botella que tenia á su lado.

—¡Excelente!

Dijo el general despues de haberlo probado.

—Sabroso—agregó Picaluga—como las noticias que tengo que comunicaros.

—Oigámoslas, oigámoslas.

Exclamó uno de los oficiales.

—Antes ¿me permitirá mi general que le dirija un brindis?

Preguntó el capitán del buque.

—Con mucho gusto, puesto que me honra vd. con ello.

Picaluga llenó su vaso, y se puso de pié.

Guerrero y sus ayudantes hicieron lo mismo.

—Brindo....

Picaluga y los que le escuchaban quedaron de repente suspensos: enormes gritos dados en el sitio destinado al cargamento, les hizo dirigir el oído hácia aquella parte.

—¡Os venden!... ¡huid, huid!

Fueron las palabrras que llegaron distin-

tamente hasta el capitán; pero que ninguno de los que allí estaban comprendió.

—¿Quién da esas voces tan desaforadas?

Preguntó Guerrero.

—Nadie:—dijo disimulando su terror Picaluga:—un desgraciado marinero que tenemos loco, y que se habrá soltado del lugar que se le tiene destinado.

Y luego, dirigiéndose á los marineros que servían, les dijo que subieran á amarrarle, añadiendo en voz baja al último que salía.

—Que le pongan una mordaza.

—¡Os venden!.... ¡huid, huid!....

Volvió á repetir la voz.

Picaluga se puso pálido; pero haciendo un esfuerzo para sobreponerse á su terror, dijo sonriendo y volviendo á tomar la copa.

—¡Pobre loco!

Guerrero no atendió á las palabras del capitán, porque su espíritu se encontraba preocupado con la voz de aquel marinero, cuyo lúgubre acento había conmovido de una manera inexplicable su corazón.

Picaluga que comprendió lo que pasaba en la mente de su anhelada víctima, trató

de sacar su pensamiento de la idea que le preocupaba, y exclamó dejando escapar una carcajada que surtió el efecto mas favorable.

—Pero, señores, ¿será posible que los gritos de un loco, merezcan mas la atención que el brindis que se preparaba á pronunciar un cuerdo? En ese caso me declaro loco para acabar de decir el brindis que habia empezado.

—Tiene vd. razón:—contestó Guerrero, volviendo á su buen humor—todos estamos atentos, acabadlo.

—Brindo por el triunfo de nuestra causa, y porque mis obras me hagan digno de la distinguida amistad con que me honra mi general.

—¡Bravo...!

Gritaron todos apurando su vasos, y continuando la comida.

—Sepamos ahora esas noticias favorables que teneis que comunicarnos de parte de Rossi.

Pronunció Guerrero.

—Escuchádlas.

Contestó Rossi, que habia inventado lo que habia de decir para deslumbrarles.

Un nuevo rumor como de personas que luchan, y algunos gritos ahogados, volvieron á oirse de repente.

Todos volvieron á fijar la atencion en aquello.

En el semblante de Picaluga se pintó la inquietud.

Sin embargo, tenia bastante sangre fria para disimular lo que pasaba en su alma, y levantándose de la mesa con la mayor tranquilidad, dijo:

—No han de sujetar á ese loco hasta que yo no vaya: dispéñeme vd. un momento, mi general.

Y sin detenerse un instante, subió á cubierta, sin que nadie sospechase lo que iba á hacer.

Al verse fuera, cerró la escotilla de la cámara, dejando encerrados á Guerrero y sus ayudantes.

—¿Qué significa esto?—dijo el general á

los que le rodeaban—¿por qué han cerrado la escotilla?

—No lo comprendo.

Contestó uno de los ayudantes.

Pero poco les duró sus dudas: pues en el mismo instante se oyó la voz del capitán que mandaba levar anclas, izar las velas y marcar el rumbo que debia tomar el buque.

—¡Nos han tendido un lazo, mi general!

Exclamó uno de los ayudantes.

—Lo veo—contestó Guerrero con la mayor serenidad:—Este amigo ingrato, ha vendido mi cabeza al gobierno.

—Pero esa es una infamia inaudita—exclamó un coronel, exaltado por la indignacion de proceder tan villano.—Es preciso averiguar si es cierto que estamos presos...

Y se dirigió á la escotilla que la encontró cerrada firmemente; dió furibundos golpes que no fueron atendidos; llamó á Picaluga, que le contestó con una insultante carcajada; y poco despues sintieron el movimiento del buque que cortaba los mares, haciéndoles conocer la realidad de su desgracia.

—Por mi causa están vdes. presos, com-

pañeros—dijo Guerrero leyendo el sangriento fin que le esperaba:—yo fuí bastante crédulo para fiarme en la palabra de un ingrato extranjero, y he arrastrado á vdes. en mi nécia credulidad.

—Mi general—respondió el coronel:—sea cual fuere la suerte que nos aguarda, nosotros estamos mas contentos en morir á su lado, que en ver de lejos los peligros que amenazan su apreciable existencia.

—¡Gracias, mis leales amigos, gracias!

Exclamó Guerrero conmovido por aquel rasgo de adhesion que tan en contraste estaba con la ingratitud del infame Picaluga.

Un nuevo ruido como de un objeto pesado que rueda, los ayes de un desgraciado, y las voces confusas de algunos marineros, volvieron á salir del sitio en que iba el cargamento.

Para conocer el origen de que partia todo aquello, es preciso que el lector tenga la amabilidad de seguirme al sitio en donde dejamos á Martinez.

Este, como hemos dicho, al quitar el tablon que dividia su departamento del que

queria atravesar para llegar hasta Guerrero, se encontró con un muro impenetrable de barriles que se oponian á su marcha.

Sin embargo, impulsado del noble deseo de salvar á un hombre á quien respetaba por los servicios que á su patria habia prestado, lejos de desmayar por aquel obstáculo que se le presentaba, sintió reanimarse su valor.

Fuerte para sufrir las fatigas de un largo trabajo, y resuelto á no ceder ante las dificultades, Martinez empezó á quitar los barriles que encontraba á su frente, y á colocarlos á derecha é izquierda, agotando sus fuerzas para conseguirlo.

Así continuó por espacio de media hora, firme en su propósito; descansando un instante para secar el abundante sudor que corria por su frente, y emprendiendo en seguida la difícil empresa comenzada.

—¡Ah!... ¡es imposible llegar hasta donde se encuentra!...—dijo de repente, viendo lo poco que habia adelantado.—Serian necesarios cuatro dias de una constancia inau-

dita para conseguir mi objeto, y solo me quedan cortos instantes tal vez!....

Y Martinez, desalentado con aquella reflexion, se dejó caer sobre el sitio en que trabajaba, renunciando á una empresa superior á él.

De repente, uno de los fuertes vaivenes del barco, hizo rodar un barril que poco antes habia colocado á su derecha: otro mas fuerte, obligó al mismo barril á cambiar de curso, y arrojándolo contra los de su frente por un balance de proa á popa, contribuyó eficazmente á que los otros barriles que se elevaban de frente como un muro, perdieran el equilibrio, y abandonaran su lugar con estrépito espantoso, cayendo á un largo trecho que de expreso se habia dejado vacío en medio del buque, para llevar algunos pianos que no se habian cargado, por causas que no han llegado á nuestro conocimiento.

Martinez vió en aquello el auxilio de la Providencia, y atravesó aquel largo espacio.

Verdad es, que despues seguian los in-

superables barriles: pero esto ya no le pareció obstáculo para lograr su objeto.

Calculó que desde el sitio que ocupaba, se oirian perfectamente las palabras que pronunciase en el tono mas alto posible, y esto creyó que era suficiente para que Guerrero, avisado del peligro, se abriese paso con sus valientes compañeros, salvándose del poder de un traidor.

Entonces fué cuando pronunció las palabras que alarmaron á Picaluga, y que tanto preocuparon á Guerrero. Palabras que al fin hubieran dado el resultado que se habia propuesto, si, como hemos visto, el capitán no hubiese enviado á los tres marineros para que se apoderasen de él y le pusieran una mordaza.

Martinez, al ver acercarse á los que iban á prenderle, sacó un cuchillo que llevaba en la cintura, dentro de una vaina de cuero, como llevan todos los marineros, y les amenazó con la muerte, si se atrevian á llegar adonde él estaba.

Los marineros dudaron; pero al fin eran

tres contra uno, provistos de iguales armas, y se resolvieron á acometerle.

Martinez, ademas del cuchillo que blandía en la mano derecha, llevaba oculto un pañal que lo colocó en la izquierda, al ver la actitud hostil de sus contrarios; y arrojando su espalda á la hilera de barriles, esperó de frente, resuelto á no dejarse amarrar, ó á vender cara su vida.

Entonces tuvo lugar una lucha terrible, en que los insultos de una y otra parte, agregados á los furibundos golpes que se descargaban, produjeron aquel ruido que volvió á llamar la atención de los convidados.

Uno de los marineros, mas valiente que sus compañeros, se atrevió á acercarse resuelto á su formidable enemigo, quien rugiendo de ira al verse contrariado en su noble pensamiento de salvar á Guerrero, dirigió su cuchillo con tal rapidez y tino, que abrió una profunda herida en el brazo de su competidor, cuyos gritos, como entonces vimos, hicieron que Picaluga aban-

donara la mesa, dejando encerrados á sus convidados.

Cerrada la escotilla, el capitán envió al contramaestre y otros dos marineros, armados de fusiles, á sujetar á Martinez, quien al fin tuvo que sucumbir á la fuerza numérica y á la ventaja de las armas.

Conducido otra vez al camarote de proa, le amarraron de piés y manos, obligándole á tenderse sobre el suelo.

Hecho esto, subieron á cubierta, levaron anclas como hemos visto, y el buque sureó magestuosamente las olas, impelido por un viento bonancible.

Los marineros, acostumbrados á obedecer á ciegas, marchaban mudos de asombro, á causa del extraño acontecimiento de las prisiones, hasta que, la vista del puerto de Huatulco, adonde se dirijian, les hizo pensar en los placeres de tierra.

La tropa del gobierno que estaba ya esperando al engañado prisionero, entró al bergantín para apoderarse de él y de sus ayudantes.

Guerrero salió de la cámara con la fren-

te erguida, pero sin rencor, en medio de las bayonetas de sus contrarios: buscó con la vista al falso amigo que le habia vendido, y viéndole cerca de sí, hablando con el oficial que le escoltaba, le dijo:

—Os he dado cuanto poseis: habeis recibido de mí los mas distinguidos favores; pero no os he podido dar la nobleza de corazon que debe existir en un pecho honrado. Adios, os perdono: sed feliz con el precio que os han dado por la sangre del que siempre fué un verdadero amigo.

Y sin esperar respuesta, salió del barco, lo mismo que sus ayudantes, en medio de los soldados que le custodiaron hasta la prision.

Una hora despues, Martinez fué conducido á la cárcel pública, por haber herido al marinero que trató de prenderle.

Al saber la prision del ilustre caudillo, la legislatura del Estado de Zacatecas mandó una solicitud al gobierno, pidiendo que no se quitara la vida al general Guerrero, en consideracion á los relevantes servicios que en la guerra de la independenciam habia pres-

tado á la patria; pero el gobierno, firme en su política, no quiso retroceder un paso en la marcha que se habia propuesto seguir, y Guerrero, habiendo sido oido ante un consejo de guerra, y sentenciado á la última pena, fué fusilado á los pocos dias de haber sido hecho prisionero por medio de la mas baja traicion por parte de dos extrangeros que le daban el título de amigo.

Guerrero marchó á la muerte con paso firme y semblante sereno, llevando hasta la tumba el sentimiento de la nacion en general. Muerto el caudillo principal de la revolucion, el coronel Alvarez se vió precisado á entrar en negociaciones con el general Bravo; y bajo las seguridades que éste le dió de parte del gobierno, dejó las armas, y reconoció la administracion que habia combatido, quedando así la nacion en completa paz.